



Chiquita Barreto Burgos

▽△

▽△

Jaque mate

La elegante mujer entró caminando con pasos largos y elásticos al gran salón de la iglesia, vacía a esa hora de la tarde. Su andar pleno de sensualidad y tristeza evocaba una copa de champán sobre una mesa desierta.

Caminó envuelta en los ecos de sus pasos que sonaban sonoros y profundos como en una concha acústica hasta donde se encontraba el anciano y obeso sacerdote en actitud de espera. Le saludó con un murmullo involuntario, porque las palabras se le enredaron en las sedosas cuerdas vocales, apoyó sus delicadas manos en el brazo del cura y suplicó:

-Padre, por favor confiésemme, y perdonéme en el nombre del Señor y del suyo propio, ya no puedo más.

Él amagó una caricia de consuelo, pero desistió; sin decir nada, apretándole suavemente las manos la invitó a acompañarle. Así sostenida, casi recostada en el sacerdote caminaron juntos hasta el confesionario, donde cada quien ocupó su lugar.

Él se acomodó pesadamente en el pequeño habitáculo entregándose por anticipado al raro placer que le producía las confesiones de las mujeres hermosas; no sentía culpa alguna por el ligero temblor que producía en su anatomía los relatos de placeres

culposos, mientras él bebía desde la penumbra el aliento fragante o amargo que traspasaba el visillo oscuro como un sahumero. Era un hombre casto, y éste era el único intercambio físico que se permitía, y lo consideraba tan venial como su otra debilidad que era la gula.

Ella se arrodilló y sólo dejó fluir su pensamiento, lentamente pero sin pausa como si destapara un -44- frasco de contenido viscoso: siento pena por él, padre, y una culpa inmensa por desear su muerte, cada vez con más intensidad; tengo la terrible impresión de que los días y los meses sólo pasan para mí; estoy llena de enfermedades; reales o imaginarias mientras él está cada día mejor.

No creí que duraría tanto; pero a este paso va llegar a los cien años tranquilamente.

Cuando me ofreció casamiento, pensé ¡qué osadía! Este viejo decrepito quiere casarse conmigo, desea comprarme; porque si no tuviera dinero jamás se atrevería a hacerle semejante propuesta a una muchacha que podía ser su nieta. Al principio me repugnó la idea: imaginé sus manos húmedas y frías como un sapo, recorriendo mi cuerpo como un mapa donde iría marcando los límites de su territorio, la boca fruncida como un ojal desprolijo aprisionando mis labios refrescándose de mi saliva, el cuerpo flácido cubriendo el mío como un mondongo.

Sin embargo, todos se sorprendieron de que no me sintiera halagada por la propuesta y daban por hecho el casamiento, contentísimos, como si fuera la culminación feliz de un sueño largamente acariciado.

Alegremente me empujaron hacia él.

Hasta mi madre que siempre fue tan sensata, se deschaveté con la idea de tener un yerno millonario aunque fuera viejo -tal vez cansada de chapalear en la pobreza encontró en la propuesta matrimonial la rendija para escapar de las eternas estrecheces y sin pensarlo dos veces, me dijo:

-Cásate. Los ricachones no abundan y menos los que ofrecen casamiento.

-45-

Luego tratando de apaciguarme tal vez, o acomodar su conciencia, con un discurso neutro como si hablara sola dijo:

-Cualquier muchacha puede casarse tranquila con ese viejo porque con seguridad el afán de la noche de bodas acaba con él.

Fue entonces que me entró la idea de ser rica, y gozar de los beneficios de serlo.

Viajar. Pensé: tan grande que es el mundo y yo sin posibilidades de llenar mis ojos de sus maravillas. Imaginé el azul o el verde de los mares desconocidos; la arena resplandeciente bajo el sol blanco de las playas remotas; los nostálgicos acantilados; los habitantes de las grandes ciudades como hormigas despavoridas. Y decidí en un raptó que creí de honestidad y que ahora sé era nada más que de justificación, tal vez de autoconfirmación y disculpa, sincerarme con él. Le dije que debía saber que nunca

llegaría a amarlo, que me parecía ridícula su propuesta, que aunque siempre fui medio mercenaria, en el sentido de aceptar una que otra ayudita por alguna divertida acostata nunca lo hice con ningún bisabuelo, ni con nadie que tuviera el envoltorio tan marchito -usted sabe padre que la cuestión de piel es una señal importante, por algo Dios nos empaquetó en esta red de nervios y venas- le conté también que siempre soñé casarme por amor y no me parecía tan desatinado el «contigo pan y cebolla». Él escuchó sin interrumpirme y luego dijo, con la misma voz gastada de ahora, que mi confesión me hacía más encantadora aún, y nos casamos con una gran fiesta, hace ya diez años, él tenía entonces setenta y una montaña de enfermedades que le daba el aspecto de un anciano prehistórico -46- susceptible de convertirse en humo en cualquier momento dejándome viuda y millonaria.

La prueba más terrible fue la noche de bodas: con sus besos de ventosa me convirtió en una flor morada. Yo dejé mi cuerpo para que él se complaciera a como podía, ausentándome de mí misma, ¿cree usted padre que debo dejarlo ahora y desatar lo que Dios ha unido? ¿No le parece que el señor se vio obligado a unir dos cabos imposibles y que recobraría su tranquilidad celestial al desatarlo?

Tal como era mi deseo pasamos los primeros dos años viajando. Y yo desdoblándome cada vez que él me agarraba, dejándole mi cuerpo mientras con el pensamiento huía hacia mi antigua inocencia como supongo que hacen las prostitutas, inventando engaños para esperar su muerte.

¡No! Nunca ni se me pasó por la cabeza matarlo, ya bastante mal me siento esperando cada mañana que se marche de la vida, que duerma tranquilo en la eternidad. Hasta ensayo alguna escena para mi propio teatro, sabiendo que no voy a convencer a nadie, porque nadie en su sano juicio puede creer que le ame con amor de mujer.

Usted pregunta con un tono muy sospechoso padre, pero de verdad nunca le fui infiel físicamente, claro que mentalmente le sustituía con cualquier buen mozo, en algunos momentos para no morir de asco o desprecio hacía mí misma.

Por favor, padre, usted me juzga con tanta severidad, como si yo fuese una criminal, pero no considera la parte de culpa que él tiene; sí yo me hubiera negado a casarme con él lo haría otra muchacha por los mismos motivos que yo y con el mismo resultado. Yo asumo mi parte de responsabilidad, pero la culpa más -47- grave está en la sociedad que acepta complacida y ve como natural estos negocios infames. Usted nos casó padre, y no habló una palabra sobre la agonía que me esperaba, llevó a cabo un rito desatinado y perverso como si yo no fuera una oveja de su rebaño, usted también es culpable, y se lava las manos tranquilamente como Pilatos, sin asumir su parte de pecado.

La voz clara y armoniosa fue cambiando de tono hasta convertirse en un chillido histérico que retumbó en la desierta y sombría bóveda como una mezcla de trueno y alarido para retornar lentamente al murmullo.

El sacerdote le dio la penitencia y la bendición y la vio marcharse con los hombros caídos como si los años se le hubieran echado encima repentinamente. La observó largamente a través del visillo oscuro y por primera vez reflexionó sobre la inutilidad de su ministerio; por un segundo pensó que vivía alejado de la realidad de sus feligreses, luego sosteniéndose la enorme barriga con las dos manos como una mujer sorprendida

por los apuros del parto, totalmente tranquilizado se marchó a tomar su café con leche con bizcochos rellenos.

La dama se levantó del confesionario y fue a arrodillarse en actitud contrita frente al altar mayor. Estuvo ahí hasta que un hombre joven le tocó la espalda para llamar su atención, le murmuró algo al oído y ambos salieron apresuradamente. Abordaron un inmenso auto rojo y partieron raudamente.

Él iba manejando y relatándole a ella que el señor ya había sido trasladado a una clínica, observando maliciosamente con el rabllo del ojo la reacción de ella; tal vez vio algún gesto propicio para el atrevimiento, o simplemente le falló el habitual tacto cuando le dijo en un tono casi opaco:

-48-

-Por fin usted va quedar libre...

No llegó a terminar la frase, ella le volteó la cara con una bofetada tan enérgica que le hizo perder el control del volante, y el auto fue a embestir violentamente contra un árbol.

El anciano contrató la orquesta filarmónica para acompañar el cortejo; alquiló todas las limusinas y taxis de la ciudad e hizo que todos llevaran sobre el capó una corona de claveles blancos y rosas amarillas, además encargó cincuenta mil jarrones con las flores de perfume más intenso para engalanar la avenida por donde pasaría el féretro, desabasteciendo las casas del ramo.

El aroma sensual de los claveles, el olor nostálgico de los jazmines y la tristeza de la marcha fúnebre produjo una extraña y pacífica demencia en todos los habitantes de la ciudad haciendo que los obreros abandonaran las fábricas, los niños y las maestras las aulas, los albañiles sus andamios, los pintores sus brochas y los peluqueros sus tijeras y tintes.

Los caballos corrieron sin jinete en los hipódromos y los militares soñaron convertirse en mansos labriegos de tímidos modales.

Los arroyos contaminados se llenaron de peces y los trenes pararon con sus pasajeros atónitos y felices.

Los niños de la calle abandonaron de prisa su bolsita de cola de zapatero y eufóricos le tocaron el culo a las floristas. La leche se derramó en todos los restaurantes mientras los cocineros y mozos lloraban a moco tendido sonándose la nariz en la manga del saco de sus patrones.

-49-

Los teléfonos enmudecieron y los empleados públicos trabajaron compulsivamente mojados de un sudor verdozo fosforescente.

La naturaleza perdió su rumbo hasta las diez de la noche, hora en que el toque de queda puso fin al desquicio.

La enterró con el mismo lujo demencial con que la había desposado diez años atrás.

Al regreso del cementerio, apretujado entre sus dolientes cuñadas y desconsolada suegra, descubrió maravillado y completamente confortado las pecas doradas brillando húmedas en las mejillas de la hermana menor de su mujer difunta y calculó cuánto tiempo deberá esperar para casarse con ella.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

